

NATHAN GARDELS

Isaiah Berlin: dos conceptos de nacionalismo

Isaiah Berlin expone en el curso de esta entrevista los dos conceptos a los que, en su opinión, se circunscribe el nacionalismo. Uno, de cariz no agresivo, que se manifiesta como mera autodeterminación cultural. Otro, el que surge de las heridas ocasionadas por las tensiones históricas y sociales, que necesita autoafirmarse de forma violenta. Este último es el que prevalece hoy en Occidente. No obstante, Berlin no rechaza por utópica la posibilidad de un mundo plural razonablemente pacífico. Para ello es necesario –afirma– compartir un mínimo de valores comunes.

– De acuerdo con el último Harold Isaacs, autor de *Idolos de la Tribu*, hoy estamos siendo testigos de una “recolección convulsiva” de naciones. Una guerra étnica declarada hace estragos no lejos de aquí, en Yugoslavia. La Unión Soviética ha sido quebrada por repúblicas nacionalistas renacientes. El nuevo orden mundial edificado a partir de los escombros del Muro de Berlín ya ha seguido el camino de la Torre de Babel. ¿Cuáles son los orígenes del nacionalismo? ¿De dónde surge este frenesí recolector?

– La Torre de Babel estaba destinada a ser de carácter unitario; un único gran edificio que llegaba a los cielos, con un lenguaje para todo el mundo.

– Al Señor no le gustó.

– Me han dicho que hay una oración hebrea que se pronuncia cuando se ve un monstruo: “Bendito seas Señor nuestro Dios que introduces variedad entre tus criaturas”. Sólo podemos estar contentos de haber visto venirse abajo el despotismo de la Torre de Babel soviética, aunque algunas de las consecuencias puedan llegar a ser peligrosas, quiero decir, un amargo choque de nacionalismos. Pero, desgraciadamente, eso no sería nada nuevo. En nuestra época moderna el nacionalismo no está resurgiendo; nunca murió. Tampoco lo hizo el racismo. Son los movimientos más poderosos hoy en el mundo y atraviesan muchos sistemas sociales.

Esta entrevista fue publicada originalmente en *The New York Review of Books*. Reproducida con autorización. Traducción: Elena García Guitián.

Ninguno de los grandes pensadores del siglo XIX predijo este fenómeno. Saint-Simon pronosticó la importancia de industriales y banqueros. Fourier, que entendió que si el vidrio era fabricado irrompible no podría haber negocio para el vidriero, captó las, así llamadas, contradicciones del capitalismo. Jacob Burckhardt profetizó el complejo militar-industrial. No mucho de lo que Marx predijo resultó ser verdad, excepto la idea, de vital importancia, de que la tecnología transforma la cultura. El *big business* y los conflictos de clase son algunas de sus consecuencias. Todos ellos pensaron que el problema central del siglo XIX era el régimen imperial de los grandes estados.¹ Una vez que estos conglomerados tiránicos —el Imperio Británico, el Imperio Austro-Húngaro, el Imperio Ruso—, junto con el colonialismo, fueran destruidos, los pueblos bajo su yugo vivirían juntos pacíficamente y harían realidad su destino de una manera creativa y productiva. Bien, estaban equivocados.

Aunque la mayoría de los filósofos liberales del siglo XIX se opusieron a la cruel explotación de las “masas oscuras” por parte del imperialismo, en ningún caso alguno de ellos pensó que los negros, indios o asiáticos pudieran tener jamás estados, parlamentos o ejércitos; eran completamente eurocéntricos.

Esto, sospecho, cambió con la guerra ruso-japonesa de 1904. El hecho de que una nación asiática derrotara a un gran poder europeo debe haber producido una descarga eléctrica en las mentes de muchos indios, africanos, etc., y debe haber sido un gran estímulo para la idea de autoafirmación anti-imperialista e independencia nacional. En el siglo XX, ningún movimiento de izquierdas ha tenido éxito en Asia o África —en Indochina, Egipto, Argelia, Siria o Irak— a menos que fuera cogido del brazo del sentimiento nacionalista.

El nacionalismo no agresivo es enteramente otra historia. Yo localizo el origen de esta idea en el muy influyente poeta y filósofo alemán del siglo XVIII Johann Gottfried Herder.

Herder virtualmente inventó la idea de pertenencia. Creía que igual que las personas precisan comer y beber, tener seguridad y libertad de movimiento, también necesitan pertenecer a un grupo. Privados de esto, se sentían aislados, solos, degradados e infelices. Herder decía que la nostalgia era el más noble de todos los sufrimientos. Ser humano significaba ser capaz de sentirte en casa, con los tuyos, en algún lugar.

De acuerdo con Herder, cada grupo tiene su propio *volksgeist* o *nationalgeist*, una serie de costumbres y un estilo de vida, un modo de percibir y comportarse que sólo tiene valor porque es el suyo propio.² La totalidad de la vida cultural está moldeada a partir de la corriente de la tradición particular que proviene de la experiencia histórica colectiva compartida sólo por los miembros del grupo. Por eso, por ejemplo, no se podrían entender completamente las grandes sagas escandinavas a no ser que se hubieran experimentado —como él hizo en su viaje a Ingla-

¹ N. de la T.: en el original aparece como fecha el siglo XX, pero parece tratarse de un error.

² N. de la T.: En todas las ocasiones en que aparecen estos términos en el artículo original, están en alemán.

terra— las luchas de los rudos y valientes marineros contra una gran tempestad en el Mar del Norte.

La idea de nación de Herder era profundamente no agresiva. Todo lo que quería era la autodeterminación cultural. Negaba la superioridad de un pueblo sobre otro. Cualquiera que proclamara eso estaba diciendo algo falso. Herder creía en una variedad de culturas nacionales y, en su visión, todas ellas podrían coexistir pacíficamente. Cada cultura tenía igual valor y merecía su lugar bajo el sol. Los malos de la historia, para Herder, eran los grandes conquistadores como Alejandro el Grande, César o Carlomagno, porque acabaron con las culturas nativas. El no vivió para ver todos los efectos de las victorias de Napoleón, pero por el hecho de haber socavado el dominio del Sacro Imperio Romano, le habría perdonado.

Sólo lo que era único tenía verdadero valor. Esta es la razón por la que Herder también se oponía al universalismo francés de la Ilustración. Para él había pocas verdades eternas: tiempo y lugar, y vida social —lo que vino a llamarse sociedad civil— lo eran todo.

– Naturalmente, el *volksgeist* de Herder se transformó en el Tercer Reich. Y hoy, el *volksgeist* serbio está en guerra con el croata, los armenios y azeríes llevan ya tiempo en ello, y entre los georgianos y los rusos —e incluso entre los ucranianos y los rusos— existen avivadas pasiones. ¿Qué transforma las aspiraciones de autodeterminación cultural en agresión nacionalista?

– He escrito en algún otro lado que un *volksgeist* herido, por decirlo así, es como una rama obligada a doblarse tan rígidamente que, cuando es liberada, golpea hacia atrás con furia. El nacionalismo, al menos en Occidente, es creado por las heridas infligidas por las tensiones. Respecto a los europeos del Este y del antiguo Imperio Soviético, hoy parecen ser una vasta herida abierta. Después de años de opresión y humillación, es probable que se produzca una violenta reacción de signo contrario, un arrebató de orgullo nacional, a menudo como autoafirmación agresiva, por parte de las naciones liberadas y de sus líderes.

Aunque no estoy autorizado para decir ésto a los historiadores alemanes, creo que Luis XIV fue el principal responsable de los comienzos del nacionalismo alemán en el siglo XVII. Mientras el resto de Europa —Italia, Inglaterra, España, los Países Bajos y, sobre todo, Francia— experimentaba un magnífico renacimiento en arte y pensamiento, poder político y militar, Alemania, después de la época de Dürer, Grünewald y Altdörfer, se volvió, con la excepción de la arquitectura, un lugar relativamente atrasado. Los franceses tendieron a ver despectivamente a los alemanes como provincianos, simples, algo cómicos, paletos bebedores de cerveza, con educación pero sin talento.

Al principio, naturalmente, se imitaba mucho a los franceses, pero más tarde, como siempre, hubo una reacción. Algunos devotos predicadores alemanes plantearon: “¿Por qué no ser nosotros mismos? ¿Por qué imitar a extranjeros? Dejemos que los franceses tengan sus cortes reales, sus salones, sus abates mundanos, sus soldados, sus poetas, sus pintores, su gloria vacía. Es todo escoria. Lo único que importa es la relación de un hombre con su propia alma, con Dios, con los valores verdaderos que son los del espíritu, la vida interior y la verdad cristiana”.

Herder creía en una variedad de culturas nacionales y, en su visión, todas ellas podrían coexistir pacíficamente.

Hacia la década de 1670, este movimiento de reacción pietista-nacional estaba en marcha; era la corriente espiritual en la cual Kant, Herder, Hamman y los sabios del este de Prusia crecieron. Esta francofobia clerical impulsada, sin duda, por el anti-romanismo, se parece mucho a una ostentosa forma de decir: ¡están verdes! Es entonces cuando la agresividad nacionalista comienza. Alrededor de 1720, Thomasius, un pensador alemán de segunda fila, se atrevió a impartir clases en la universidad en su propia lengua, en alemán en vez de latín. Esto fue visto como un cambio de orientación fundamental.

Las consecuencias correspondientes a las humillaciones alemanas más profundas —desde las guerras napoleónicas al Tratado de Versalles— son de sobra evidentes.

Hoy los georgianos, armenios y demás, están intentando recuperar sus pasados sumergidos, relegados por el descomunal poder imperial ruso. Perseguida bajo Stalin, la literatura armenia y georgiana sobrevivió: Isakian y Yashvili fueron poetas con talento; las traducciones de Pasternak, Vaz, Pshavela y Tabidze son una lectura maravillosa, pero cuando Ribbentrop fue a ver a Stalin en 1936 se presentó con una traducción alemana de la epopeya georgiana del siglo XII *El Caballero en la Piel de Tigre*, de Rustaveli. ¿Quién, en Occidente, conocía obras maestras posteriores?

Antes o después, la sacudida hacia atrás llega con fuerza incontenible. La gente se cansa de ser despreciada, dirigida por una nación superior, una clase superior o cualquier superior. Antes o después plantean las cuestiones nacionalistas: “¿Por qué tenemos que obedecerles? ¿Qué derecho tienen? ¿Qué pasa con nosotros? ¿Por qué no podemos...?”.

– Puede que, finalmente, la rebelión de todas esas ramas dobladas haya derrocado el orden ideológico mundial. La explosión del sistema soviético puede ser el último acto de deconstrucción de los ideales ilustrados de unidad, universalidad y racionalismo liberal. Ahora todo esto se ha acabado.

– Creo que es verdad. Y Rusia es un lugar apropiado para mostrar las equivocaciones de *les lumières*.³ La mayoría de los rusos occidentalizados que siguieron a los filósofos franceses del siglo XVIII los admiraron porque se resistieron frente a la Iglesia, frente a las tendencias reaccionarias, frente al destino. Voltaire y Rousseau fueron héroes porque se comprometieron con la razón y el derecho a la libertad frente a la reacción.

Pero incluso el escritor radical Alexander Herzen, mi héroe, nunca aceptó, por ejemplo, las afirmaciones de Condorcet sobre verdades cognoscibles y eternas. El pensó que la idea de progreso continuo era una ilusión y protestó contra las nuevas idolatrías, el sustituto del sacrificio humano —el sacrificio de seres vivos en nuevos altares—, abstracciones como la clase universal, o el partido infalible, o la marcha de la historia: la victimización del presente en beneficio de un futuro desconocido, que conduciría a alguna solución armoniosa.

Herzen vio con gran desconfianza cualquier dedicación a la unión y a la universalidad abstractas. Para él, Inglaterra era Inglaterra, Francia era Francia, Rusia

³ N. de la T.: En francés en el original.

era Rusia. Las diferencias ni podrían ni deberían ser aplastadas. Los fines de la vida eran la vida en sí misma. Para Herzen, como para Herder y el filósofo italiano del siglo XVIII Giambattista Vico, las culturas son incommensurables. De ésto se deriva, aunque ellos no lo especificaron, el que la persecución de la armonía total o el estado perfecto es una falacia, a veces fatal.

Naturalmente, nadie creyó en la universalidad más que los marxistas: Lenin, Trotsky y demás triunfadores se vieron a sí mismos como discípulos de los pensadores ilustrados, corregidos y actualizados por Marx.

Si alguien fuera a defender el historial general del comunismo, algo que ni usted ni yo estaríamos particularmente deseosos de realizar, lo tendría que hacer sobre la base de que Stalin pudo haber matado a 40 millones de personas, pero al menos contuvo el nacionalismo y previno que la babel étnica hiciera valer anárquicamente sus ambiciones. Naturalmente, Stalin lo reprimió, como a todo lo demás, pero no lo mató. Tan pronto como la losa fue apartada de la tumba, el nacionalismo se alzó de nuevo con su venganza.

La persecución de la armonía total o el estado perfecto es una falacia, a veces fatal.

– Herder fue un crítico “horizontal”, si usted quiere, de la Ilustración francesa porque creía en la singularidad de todas las culturas. Giambattista Vico también se opuso a la idea ilustrada de la universalidad desde una perspectiva “vertical” o histórica. Como usted ha escrito, creía que cada cultura sucesiva era inconmensurable respecto de las otras.

– Ambos rechazaron la idea de la Ilustración de que el hombre, en todo tiempo y en todo lugar, tenía valores idénticos. Para ellos, como para mí, la pluralidad de culturas es irreductible.

– La desintegración final del totalitarismo comunista, una criatura del ideal de universalidad, ¿sugiere, desde su perspectiva, que estamos en los años finales del último siglo moderno?

– Casi lo admito. El ideal de universalidad, tan profundamente pervertido que hubiera horrorizado absolutamente a los filósofos del XVIII que lo expusieron, de alguna forma sigue viviendo manifiestamente en las remotas extensiones de influencia europea: China, Vietnam, Corea del Norte, Cuba.

– Sólo cabe imaginar qué diferente hubiera resultado ser el siglo XX si hubieran prevalecido Vico y Herder en vez de los filósofos franceses, o Hegel, o Marx, si el alma local no hubiera sido rebasada por el alma mundial. Podríamos haber tenido un siglo de pluralismo cultural en vez de totalitarismo.

– ¿Cómo podría haber sucedido eso? El universalismo en el siglo XVIII era la doctrina de la nación que estaba en cabeza, Francia. Por ello todo el mundo trataba de emular su brillante cultura.

Pero quizás lo que dominó todo el pensamiento fue mucho más el desarrollo de las ciencias naturales, con su énfasis en las leyes universales, en la naturaleza como un organismo o una máquina, y la imitación de los métodos científicos en otros ámbitos. Alimentados por esas ideas, la explosión de tecnología y el desarrollo económico del XIX aislaron la corriente intelectual derivada de estos pensadores no cuantitativos –realmente, cualitativos– como Vico y Herder.

El carácter de esa época se ejemplifica en una historia contada en uno de los libros de Jacob Talmon. Escribe acerca de dos profesores checos que hablan entre sí hacia principios de 1800. "Somos probablemente las últimas personas en el mundo que hablen checo", se decían el uno al otro, "nuestro lenguaje toca a su fin. Inevitablemente, aquí, en Centroeuropa, y probablemente en los Balcanes, todos hablaremos alemán. Somos los últimos supervivientes de nuestra cultura nativa". Naturalmente, este tipo de supervivientes lleva hoy las riendas en muchos países.

– Entonces ¿es una cosa buena la balcanización, incluso la de los Balcanes?

– La balcanización significa muchas naciones pequeñas llenas de orgullo nacional, odios y celos incitados por demagogos, arremetiéndose recíprocamente como lo hicieron en los Balcanes hacia 1912. Es una perspectiva muy poco prometedora.

Herder creía, quizás con demasiada ingenuidad, que la sociedad podría desarrollarse pacíficamente y de forma no violenta según sus propias directrices internas, ni celosa ni hostil hacia otras que hacen lo mismo, por el contrario, positivamente predisuestas entre sí. Este era también el credo del gran patriota del XIX Giuseppe Mazzini.

– ¿Son quizás demasiado profundas las heridas de la humillación totalitaria para permitir una visión tan benigna?

– Václav Havel le diría que los checos no tienen intenciones agresivas. El es exactamente el tipo de liberal cultural que fue toda su honorable vida Thomas Masaryk, el fundador de la moderna Checoslovaquia (llamada ahora, tengo entendido, las Repúblicas Federales Checa y Eslovaca). Estoy seguro de que a Adam Michnik o Bronislaw Geremek les hubiera gustado que eso fuera cierto respecto de Polonia. Debería creerlo de Lech Walesa y Boris Yeltsin. Pero no hay duda de que la posibilidad, desgraciadamente, incluso la probabilidad, de un conflicto étnico en esa parte del mundo es grande.

– ¿Qué estructura política tendría posibilidad de alojar en su seno esta nueva era de autodeterminación cultural, preservar la libertad y quizás frenar algunos de los inminentes derramamientos de sangre?

– La cuestión que se plantea hoy, precisamente, es la autodeterminación cultural sin una estructura política, y no solamente en el Este. España tiene a los vascos y catalanes; Gran Bretaña, Irlanda del Norte; Canadá a los quebequeses; Bélgica a los flamencos; Israel a los árabes, y así sucesivamente. En el pasado, ¿quién habría soñado con un nacionalismo bretón o un partido nacionalista escocés?

Los idealistas como Herder, evidentemente, no tuvieron en cuenta este problema. El odiaba el Imperio Austro-Húngaro por unir políticamente elementos incompatibles.

En el Este de Europa parecen realmente aborrecerse unos a otros. Los rumanos odian a los húngaros y éstos, durante años, han tenido aversión a los checos,

pero de un modo como los bretones no podrían odiar a los franceses. Es un fenómeno de distinto tipo. En Occidente solamente son así los irlandeses.

Sólo en Estados Unidos diversos grupos étnicos han mantenido en todo caso alguna parte de sus propias culturas originales sin que esto parezca importarles a nadie. Los italianos, los polacos, los judíos, los coreanos tienen sus propios periódicos, libros y, según me han dicho, sus programas de televisión.

– A lo mejor cuando los inmigrantes abandonan su tierra dejan atrás también el lado apasionado de su *volkgeist*. Sin embargo, incluso en Estados Unidos, en el mundo académico ha surgido un nuevo movimiento multicultural que busca enfatizar, no lo que es común, sino lo que no está en el *curriculum*.

– Sí, lo se. Estudios sobre cultura negra, puertorriqueña, etc. Supongo que ésta es también la reacción de la rama doblada de las minorías que se sienten en desventaja en el contexto de la polietnicidad norteamericana. Pero creo que la cultura común que tan profundamente necesitan todas las sociedades sólo puede ser alterada por algo más que un grado moderado de autoafirmación por parte de grupos étnicos y otras minorías conscientes de poseer una identidad común. La polietnicidad no era la idea de Herder. El no recomendó a los alemanes aprender holandés ni a los estudiantes alemanes estudiar la cultura portuguesa.

Para Herder no hay nada en relación con la raza o la sangre. Solamente habló acerca de la tierra, el lenguaje, la memoria colectiva y las costumbres. Como me dijo una vez un amigo montenegrino, su planteamiento principal no es que la soledad sea tanto la ausencia de otros como, mucho más, la cuestión de vivir entre gente que no entiende lo que dices; sólo pueden entender de verdad si pertenecen a una comunidad en la que la comunicación se realiza sin esfuerzo, casi instintivamente.

Creo que Herder habría contemplado severamente la fricción cultural generada en Viena, donde muchas nacionalidades eran metidas a la fuerza en el mismo escaso espacio. Esto produjo hombres de genio, pero buena parte de ellos con un profundo rasgo neurótico; sólo hay que pensar en Gustav Mahler, Ludwig Wittgenstein, Karl Kraus, Arnold Schoenberg, Stefan Zweig y en el nacimiento del psicoanálisis en esta sociedad, en gran parte judía, especialmente indefensa.

Toda esa tremenda colisión de culturas no muy compatibles –eslavos, italianos, alemanes y judíos– liberó una gran cantidad de creatividad. Fue una expresión cultural de distinto tipo a la de una Viena anterior, la de Mozart, Hayden o Schubert.

– Intentando resolver el problema de los separatistas quebequeses, Pierre Trudeau a menudo invocaba a Lord Acton. Creía que allí donde las fronteras políticas coincidían con las étnicas, el *chauvinismo*, la xenofobia y el racismo amenazaban inevitablemente a la libertad. Sólo los derechos constitucionales individuales –derechos ciudadanos iguales para todos sin tener en cuenta su etnicidad– en una república federal podrían proteger a minorías e individuos. Trudeau citaba a Acton, quien afirmaba: “La teoría de la nacionalidad es un paso hacia atrás en la historia”.

Durante mi vida han ocurrido más cosas horribles que en cualquier otra época histórica. Peor incluso, sospecho, que los días de los hunos.

– Lord Acton fue una figura noble y estoy de acuerdo con él. Sin embargo, tenemos que admitir que a pesar de los esfuerzos de Trudeau, los quebequeses todavía están buscando la independencia.

A gran escala hay que considerar que, a pesar de los monopolios de poder y autoridad reales y clericales, la Edad Media fue, de algún modo, más civilizada que el profundamente agitado siglo XIX, y que, peor aún, nuestro terrible siglo, con su violencia generalizada, su *chauvinismo* y, al final, la destrucción de masas en holocaustos raciales o, como el de Stalin, de tipo político. Naturalmente, en la Edad Media hubo fricciones étnicas y persecuciones de judíos y herejes, pero el nacionalismo como tal no existía. Las guerras eran dinásticas. Lo que había era una Iglesia universal y un lenguaje latino común.

No podemos hacer retroceder a la historia. Pero no quiero dejar de creer que no es un sueño utópico un mundo que es un manto multicolor razonablemente pacífico, cada una de cuyas partes desarrolla su propia identidad cultural distintiva y es tolerante con las otras.

– Sin embargo, ¿de qué hilo común puede estar tejido ese manto? En un universo de mundos culturales autónomos, cada uno en su propia órbita, ¿dónde está el sol que impide a los diferentes planetas salirse de su órbita y chocar con los demás?

– Eso podría conducir de nuevo al imperialismo cultural. En el universo de Herder no necesitabas un sol. Sus culturas no eran planetas sino estrellas que no colisionaban. Reconozco que, al final del siglo XX, hay poca evidencia histórica sobre la posibilidad de realización de una visión semejante.

Con 82 años, he vivido durante prácticamente todo el siglo, el peor que jamás ha tenido Europa. Durante mi vida han ocurrido más cosas horribles que en cualquier otra época histórica. Peor incluso, sospecho, que los días de los hunos.

Sólo cabe esperar que, después de que los diferentes pueblos se agoten con la lucha, la marea sangrienta se apacigüe. A menos que sea posible aplicar torniquetes para detener las hemorragias y vendar las heridas de manera que puedan cicatrizar lentamente, aunque dejen marcas, vamos a continuar pasando una muy mala época.

Las únicas naciones acerca de las cuales no es necesario preocuparse son las satisfechas, no heridas o ya curadas, como las democracias liberales de América del Norte, Europa Occidental, Australia, Nueva Zelanda y, se espera, Japón.

– Quizás los dos futuros vivirán juntos pero desconectados. Una civilización de la tierra, por decirlo así, y una civilización satélite. En lugar de una fragmentación violenta de naciones, las satisfechas llegarán a ser, al fin y al cabo, un pequeño mundo con las pasiones de la sangre y la tierra agotadas por el consumismo homogeneizante y los espectáculos de masas. ¿Es ese, tal vez, el precio de la integración pacífica? Como ha escrito recientemente Milan Kundera, las culturas frívolas son antropológicamente incapaces de luchar. Pero también de producir Picassos.

– En relación con eso, no pienso que sólo puedan crear genios los sucesos trágicos y las heridas. En Europa Central, Kafka y Rilke sí las soportaron, pero ni

Racine, ni Molière, ni Pushkin, ni Turgenev –a diferencia de Dostoievsky– sufrieron heridas espirituales profundas. Y Goethe parece completamente libre de ellas. El destino de los poetas rusos de nuestro siglo es otra historia más deprimente.

Sin duda, la uniformidad podría incrementarse bajo la presión de la tecnología, como ya está sucediendo con la americanización de Europa. Algunas personas odian ésto, pero, claramente, no puede ser detenido.

Como ya hemos comentado, es posible, como en el Imperio Austro-Húngaro, tener uniformidad política y económica pero con variedad cultural. Esto es lo que en último término imagino, un grado de uniformidad en las naciones satisfechas combinado con un placentero grado de variedad pacífica en el resto del mundo. Reconozco que la tendencia actual sigue una dirección opuesta: la de la autoafirmación acerba, a veces agresiva, de algunos grupos humanos muy poco importantes.

– ¿Qué le parece la aparición de una nueva serie de valores comunes –derechos ecológicos y derechos humanos– capaces en cierta medida de unir todas estas culturas en erupción sin obstaculizar su estilo?

– Por el momento no parece que se hayan aceptado unos valores mínimos capaces de mantener el mundo en orden. Esperemos que un día se produzca la aceptación de un mínimo de valores comunes como los que usted ha mencionado. Si no, estaremos destinados a sucumbir. A no ser que haya un mínimo de valores compartido que pueda preservar la paz, ninguna sociedad decente puede sobrevivir.

– En lo que a usted se refiere ¿no incluye en el programa el sueño liberal del cosmopolitismo, ni siquiera en el mundo satisfecho?

– Igual que Herder, veo el cosmopolitismo como algo vacío. La gente no puede desarrollarse sin pertenecer a una cultura. Incluso si se rebelan contra ella y la transforman totalmente, todavía pertenecen a una corriente de la tradición. Aunque se pueden crear nuevas corrientes –como en Occidente la cristiandad, o Lutero, o el Renacimiento, o el movimiento romántico– al final provienen del mismo río, una tradición central que les sirve de base, la cual sobrevive a veces en formas radicalmente alteradas.

Pero si las corrientes se secan completamente, como, por ejemplo, cuando los hombres y mujeres no son producto de una cultura, cuando no tienen parientes, ni amigos, y no se sienten más cerca de unas personas que de otras, cuando no hay una lengua nativa; este hecho llevaría a una tremenda desecación de todo lo que es humano.

– Entonces, para usted, Vico y Herder, los apóstoles del pluralismo cultural, ¿son los filósofos del futuro?

– Sí, en el sentido de que en alguna medida todos estamos afectados por una variedad de valores. Desde los griegos y los hebreos hasta la Edad Media cristiana, el Renacimiento y la Ilustración de los siglos XVIII y XIX, la unidad era la gran virtud. Verdad no hay más que una.

La variedad es una virtud nueva, dada a conocer por el movimiento romántico, del que Vico y Herder, a quienes veo como los profetas de esa variedad, fueron

La gente tarde o temprano debe rebelarse contra la uniformidad y las tentativas de imponer soluciones globales de cualquier tipo.

una parte importante. Después de éso, la variedad, el pluralismo –que implica la posibilidad de que haya muchos ideales incompatibles que atraigan la devoción humana–, la sinceridad –no conduciendo necesariamente a la verdad o a la bondad–, se ven como virtudes. Una vez que el pluralismo de formas de vida es aceptado y puede haber una estima mutua entre perspectivas diferentes e incombina- bles, es difícil suponer que todo esto pueda ser aplastado –*gleichgeschaltet*– por una abrumadora y gigantesca bota.

En lo que a esto se refiere, permítame hacer una profecía para el siglo XXI. El *Mundo Feliz* de Aldous Huxley –una perspectiva menos dramática pero en cierto modo más insidiosa que la de *1984* de Orwell– podría quizás ser establecido al final del milenio, en parte como respuesta irresistible a una violencia étnica y a una rivalidad nacionalista inacabables. En ese sistema todo el mundo estaría vestido y alimentado. Todos vivirían bajo un techo, siguiendo un único modelo de existencia. Pero tarde o temprano alguien se rebelará, alguien pedirá un espacio propio. La gente no sólo se alzaría contra el totalitarismo sino también contra un sistema bienintencionado, benigno y omnicompreensivo.

El primer terrible individuo que se desmande será quemado vivo. Pero otros alborotadores le seguirán. Si hay algo de lo que estoy seguro, después de haber vivido tanto, es de que la gente tarde o temprano debe rebelarse contra la uniformidad y las tentativas de imponer soluciones globales de cualquier tipo.

La Reforma fue una rebelión de este tipo contra las pretensiones de una autoridad universal. La dominación de los vastos territorios del Imperio Romano se derrumbó a su debido tiempo. Lo mismo el Imperio Austro-Húngaro, el ocaso del Imperio Británico y ahora el Imperio Soviético.

Hay un cuento ruso acerca de un sultán que decidió castigar a una de sus mujeres por un delito y ordenó que la encerraran con su hijo en un tonel. El sultán los dejó flotando en el mar para que murieran. Después de varios días el hijo le dijo a la madre: “No puedo soportar estar tan apretado. Quiero estirarme”. “No puedes –respondió ella– Echarías la tapa al agua y nos ahogáramos”. Algunos días más tarde, el hijo protestó otra vez: “Necesito espacio”. La madre contestó: “Por amor de Dios no lo hagas, nos ahogaremos”. A lo que el hijo respondió diciendo: “Así sea, necesito estirarme sólo una vez y, entonces, que pase lo que tenga que pasar”. El obtuvo su momento de libertad y murió.

El radical ruso Herzen aplicó ésto brillantemente a la condición del pueblo ruso. Estaban destinados, tarde o temprano, a ponerse en camino hacia la libertad, no importándoles lo que viniese después.

– En la época de Herder podríamos haber sido incapaces de comprender la maestría de una saga escandinava sin vivir una tempestad en el Mar del Norte, pero ahora, a través de la MTV, los jóvenes desde Hong Kong a Moscú y Los Angeles pueden compartir la misma sensación de ver un concierto de Madonna. En una época como ésta ¿qué significado puede tener la autodeterminación cultural?

– El mismo. Las diferencias del pasado han producido efectos: la óptica a través de la cual los jóvenes de Bangkok y Valparaíso ven a Madonna no es la misma. Se dice que los numerosos lenguajes de las islas de Polinesia y Micronesia

son totalmente distintos unos de otros; también es cierto respecto a los del Caúcaso. Si piensa que todo esto algún día dará paso a un lenguaje universal –no solamente con propósitos culturales, o por política, o por negocios, sino como expresión de matices emocionales, para expresar las vidas interiores– entonces supongo que podría suceder lo que usted sugiere: pero no sería una cultura universal sino la muerte de la cultura. Estoy contento de ser tan viejo.